

El lugar del otro en la metapsicología freudiana

The place of the other in de Freudian's Metapsichology

Marta Malamud

RESUMEN

Este trabajo se propone situar el lugar del otro en los artículos de Freud sobre metapsicología. Las experiencias hipnóticas a las que apela para justificar la idea de representaciones eficaces e inconscientes, sitúan la impronta de la palabra del otro en el aparato psíquico. La clasificación de las enfermedades mentales tiene como base las diferentes marcas de la alteridad que darán cuenta de la posibilidad de un análisis.

La metapsicología es un modelo freudiano del impacto del encuentro con el otro y la ubicación del sujeto en ese encuentro.

Palabras clave: Otro - Alteridad - Sentido - Carga de objeto - Transferencia

SUMMARY

This work suggest situating the place of the other in the Freud's articles about of Metapsichology. The hypnotics's experiences, he appeals at them to justify the idea of effectives and unconscious's presentations, situate the trace of the word of the other in the psychic's apparatus. The classification of the mental's illness has as basis the different marks of being other that will account for the possibility of an analysis.

The Metapsichology is a freudian's model of the impact of the meeting with the other and the position of the subject in that meeting.

Key words: Other - Sense - Object - charge - Transference

INTRODUCCIÓN

Una aseveración inicia “Psicología de las masas y análisis del yo”: en la vida anímica aparece integrado el otro como modelo, objeto, auxiliar o adversario, lo que lleva a la conclusión de la imposibilidad de pensar una psicología individual separada de la social. Freud va a autorizarse a cuestionar con su esquema conceptual los límites que impusieron las disciplinas para explicar los fenómenos individuales y colectivos.

Me propongo desarrollar en este trabajo el lugar del otro en algunos de los trabajos agrupados bajo el título de metapsicología.

“Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el psicoanálisis” expone el concepto de inconsciente con el objeto de trascender la identidad que la psicología había establecido entre conciencia y psiquismo. Justificará la presencia de representaciones inconscientes a partir de las experiencias de Bernheim, quien comprueba que sumiendo a una persona en estado hipnótico, al hallarse bajo la influencia del médico que imparte una determinada orden, ejecutará al despertar el acto prescrito sin conciencia de la escena donde esa orden fue impartida. Y si bien Freud habla de experiencias de laboratorio, afirma que los histéricos presentan ideas con este estatuto de eficacia, fundamento de los síntomas.

Resulta sumamente interesante el que Freud haya apelado a estas experiencias para dar cuenta del

carácter esencialmente inconsciente del psiquismo en tanto ellas remiten a la impronta de la palabra del Otro en el aparato. La hipnosis y la neurosis van a quedar del mismo lado, en tanto ambas presentifican la operatoria de ideas eficaces e inconscientes. La pulsión será caracterizada por su cualidad de imperativo, como una forma de la alteridad.

La impronta del Otro aparece también en el escenario de la cura analítica: Freud homologa la dinámica intrapsíquica a la dinámica de la relación al analista; la repulsa de las ideas inconscientes pasa a denominarse resistencia en el marco de la cura. Esto plantea una consustancialidad de campos, pero la operatoria analítica propone una resolución distinta a la neurótica en tanto se fundamenta en un trabajo con la resistencia misma (no se sostiene en la orden hipnótica, isomórfica con la neurosis). En este sentido, se erige como un tratamiento que busca un replanteo de la palabra del Otro en el sujeto y no una sustitución de palabras ordenadoras, como en la hipnosis.

Lo propio / lo ajeno

Como uno de los destinos de la pulsión define Freud el estatuto de la represión. Al tratar de circunscribirla, apela al dolor: “Puede suceder que un estímulo exterior llegue a hacerse interior - por ejemplo corroyendo y destruyendo un órgano- y pase así a constituir una nueva fuente de perpetua excitación y aumento constante de

la tensión. Tal estímulo adquirirá de este modo una amplia analogía con un instinto. Sabemos ya que en este caso experimentamos dolor” (FREUD, 1913-1917, 1057, a). Freud homologa el proceso del dolor con el campo pulsional en tanto ambos replantean la oposición interior / exterior: algo exterior pasa a constituir una fuente de excitación interior. El recorrido de la pulsión trasciende el binarismo adentro/ afuera, al ligar el cuerpo (la fuente pulsional) con aquello que encuentra en su trayecto. El dolor y la pulsión son lugares de cuestionamiento del borde del cuerpo como límite demarcatorio entre interior y exterior.

La pulsión misma es pensada bajo la hipótesis de ser la resultante en parte de estímulos externos que en el curso de la filogénesis han actuado modificando la sustancia viva. El par adentro / afuera también es cuestionado al definir la sexualidad como una función del individuo que lo conduce más allá de sí mismo. El individuo es pensado como un accesorio temporal y pasajero del plasma germinativo inmortal.

La pulsión sexual desde un principio exige un objeto y se entrelaza al auxilio exterior; un Otro que responda al llamado de la necesidad.

El principio del placer cuestiona la oposición entre lo propio y lo ajeno: hay introyección de lo placentero que se experimenta como propio y expulsión de lo displacentero que se vive como ajeno (el yo de placer purificado es una expresión de esta subversión de las antítesis).

La oposición sujeto-objeto queda

replanteada en tanto el objeto será parte constitutiva del aparato psíquico. Las fases libidinales son presentadas como distintas modalidades de relación al objeto en tanto diferentes marcas que la experiencia de satisfacción imprime en el psiquismo.

En los primeros tiempos de su elaboración teórica, Freud fundamentaba el síntoma neurótico con su teoría de la seducción: el impacto libidinal que el otro de la realidad produce y las formas de reaccionar al mismo (exceso de satisfacción para la neurosis obsesiva; poca satisfacción para la histeria). Hay también un Otro en la metapsicología con distintas denominaciones.

Hay una atracción (¿seducción?) de lo primitivamente reprimido en relación a los otros procesos psíquicos. El escenario de la fantasía como lugar de satisfacción pulsional viene al lugar del seductor. Y si Freud coloca en el seno de su teoría esta sustitución es porque al trascender la alternativa realidad-ficción puede heredar, la segunda, la función que pensaba para la primera.

El encuentro libidinal con el Otro es el fundamento del clivaje del aparato. En la histeria de angustia, la actitud libidinosa del sujeto con respecto al padre sucumbe a la represión.

El miedo al lobo aparece como sustitutivo de la aspiración erótica. El objeto exterior cumple la misión de apaciguar la angustia y la imposibilidad de eliminarla habla del fracaso de la represión. La supresión del montante de afecto en algunos casos de histeria de conversión sitúa un cuerpo que

paga con los síntomas su inscripción en el escenario del combate libidinal. El memorioso cuerpo histérico relata su encuentro con el Otro y llama a la reunión de la tendencia pulsional con la punitiva. En la neurosis obsesiva la tendencia hostil contra la persona amada cae bajo los efectos de la represión. La formación de reacciones es la respuesta obsesiva a dicha tendencia. En tanto las antítesis se desdibujan, la angustia retorna como angustia social, escrúpulos y reproches.

Los retornos en las diferentes neurosis permiten visualizar el carácter transindividual de la libido, que no respeta límites entre la realidad y la ficción, entre lo humano y lo animal (y en tanto Freud se refiere a la constitución del fetiche esta no discriminación se puede extender a los objetos inanimados), entre lo que se dirige al otro y lo que se imagina viniendo de él.

Cuando se refiere a los destinos de la pulsión, va a dar cuenta de recorridos que implican el encuentro con lo ajeno y las consecuencias de ese encuentro para el sujeto.

La otredad

Una afirmación inserta en la “Justificación del inconsciente”, equipara a éste con la otredad: “... hemos de convenir en que todos los actos y manifestaciones que en nosotros advertimos, sin que sepamos enlazarlos con el resto de nuestra vida activa, han de ser considerados como si pertenecieran a otra persona y deben ser explicados por una vida

anímica a ella atribuida” (FREUD, 1913-1917, 1065, b).

¿Qué hacer con esa otredad? Ésa es la pregunta subyacente a los planteos sobre el pasaje de lo inconsciente a la conciencia. Cuando Freud se interroga sobre la intervención analítica consistente en la comunicación al paciente acerca de la representación reprimida, afirma que esa revelación no modifica el estado psíquico, y a veces la respuesta es una nueva repulsa. Niega que se trate de una doble inscripción en tanto no hay identidad entre lo reprimido con lo comunicado..

¿Se puede domesticar el inconsciente? La influencia por parte de la conciencia se presenta como un penoso y lento camino.

Freud divide el campo de la enfermedad mental en función de la posibilidad de instalación de la transferencia. Quedan la neurosis de transferencia por un lado, y las psiconeurosis narcisistas por el otro. El elemento que las distingue está ligado a la relación al Otro encarnado en la persona del analista. En el punto “El reconocimiento de lo inconsciente” va a dar una explicación metapsicológica de la diferencia entre ambas.

La antítesis que caracteriza a la demencia precoz es la del yo y el objeto. El estatuto del objeto será el que dé posibilidad o no a la cura psicoanalítica. En las neurosis de transferencia hay renuncia al objeto real, y la libido sustraída al mismo se retrotrae sobre el objeto fantástico y desde él al reprimido. La carga de objeto queda conservada en la neurosis de transferencia y perdura

en el sistema inconsciente. La capacidad de transferencia, esencial para la cura, requiere de la existencia de dicha carga, ausente en las psiconeurosis narcisistas, lo que explica la inaccesibilidad de esta enfermedad a la cura analítica en tanto la libido catectiza al yo. Freud no conceptualiza la transferencia como disposición a la comunicación del sujeto al otro, sino que su posibilidad de instalación se define con relación a la posibilidad simbólica. Si hay representación de objeto (como en el caso de las neurosis accesibles a la cura analítica) hay capacidad de transferencia de cargas sobre la persona del analista por la vía de su inclusión en el escenario fantasmático. Por lo tanto el enlace libidinal al otro real se define por el tipo de inscripción del objeto de satisfacción. Por esta razón, sueño y transferencia quedan equiparados y por esto mismo la transferencia es un fenómeno metapsicológico y no de relación dual en tanto el objeto de la metapsicología no tiene estatuto de realidad exterior (a la inversa, hace posible la relación al otro real). La dimensión transferencial supone un tercero ausente. En este aspecto, Todorov equipara el diálogo transferencial a la estructura del chiste, que supone un alocutario original perdido. Transferencia y alucinación onírica se oponen al proceso alucinatorio en la esquizofrenia en función de la inscripción inconsciente del objeto, ausente en la psicosis.

Lacan hará del diferente estatuto del otro una escritura que distinguirá el "Otro" simbólico del "otro" ligado al campo imaginario.

El otro y el lenguaje

El estatuto de la carga de objeto queda íntimamente ligado a las manifestaciones del lenguaje. Carga de objeto, cuerpo y lenguaje constituyen una tríada cuya combinación dará cuenta de los avatares de la enfermedad y de la cura. Freud se refiere a ciertas manifestaciones del lenguaje que se evidencian en la esquizofrenia. En total relación con el cuerpo (hay alusión a los órganos somáticos), la enfermedad presenta lo que denomina "formación verbal esquizofrénica". ¿Cómo habla el cuerpo? La respuesta está dada por las distintas estructuras psicopatológicas en relación al diferente estatuto que tiene el objeto, lo que lleva a pensar en distintos cuerpos.

Un caso de Tausk diagnosticado por él como paranoia somática (la señorita Emma A.) ejemplifica este proceso de influencia del otro con relación al cuerpo.

Freud muestra interés en este caso en la medida en que la misma paciente explica las frases enigmáticas emitidas: "Los ojos no están bien, están torcidos" (FREUD, 1913-1917, 1078) queda explicado por ella misma, en referencia a su novio: "Nunca ha podido comprenderle. Cada vez se muestra distinto. Es un hipócrita que la ha vuelto los ojos del revés, haciéndola ver *torcidamente* todas las cosas" (FREUD, 1913-1917, 1078, d). La enferma hace inteligible la formación verbal esquizofrénica, caracterizada por ser un lenguaje de los órganos (en este caso el ojo como representante del sentido de la frase).

Una histérica hubiera movido los ojos o habría realizado el movimiento indicado. Freud tácitamente compara la influencia de la orden hipnótica con la influencia en la esquizofrenia y la neurosis. Si la histérica hubiera movido los ojos es porque lo que mantiene inconsciente es el deseo del Otro de que vea las cosas desde ese lugar. Pero esta orden no aparecería en la frase verbal sino en su cuerpo sometido a la frase, sin explicación consciente de los movimientos oculares (a la inversa, la histérica expondría su carencia de explicación).

Lacan hablaba de “otrificación del cuerpo”; desde la metapsicología esta otrificación puede pensarse con relación a los diversos efectos del lenguaje en el cuerpo. La histérica imaginada por Freud somete su cuerpo al deseo del Otro. En este punto es interesante una reflexión de Paul-Laurent Assoun quien considera que es a partir del psicoanálisis cuando el cuerpo no puede ya ser planteado como principio autógeno portador de su sentido propio. Este autor señala que al quitar la fascinación por el cuerpo autosignificante, Freud abre un curso nuevo en su género: el de los efectos de cuerpo del lenguaje inconsciente. El cuerpo neurótico queda instalado en un punto de intersección entre lo propio y lo otro, en tanto atravesado por el lenguaje que no se rige por el derecho de propiedad.

Lacan postula en *El Seminario Las Psicosis* que lo que está domesticado en la vida del hombre común es la dialéctica del cuerpo fragmentado

con relación al universo imaginario. El lenguaje de los órganos de la psicosis habla del fracaso en dicha domesticación. La histérica que movería los ojos logra hacer con este cuerpo fragmentado una lengua. En el seminario mencionado Lacan afirma que la represión, para el neurótico, es una lengua que fabrica con sus síntomas en tanto que la palabra compartida queda preservada (lo que no ocurre en las psicosis).

Al proponerse dar cuenta de la diferencia de estructura entre las neurosis de transferencia y las psiconeurosis narcisistas, Freud explica que la fase restitutiva en las segundas intenta el enlace con el objeto perdido pasando por la parte verbal del mismo. Esto plantea conexiones entre el objeto y el lenguaje. En tanto las neurosis dialectizan las cargas de objeto con las verbales hay posibilidad de análisis dado que por la vía de la palabra se accede a las representaciones de objeto. La representación de palabra alude a la estructura de la lengua, a las significaciones compartidas con los otros de una comunidad lingüística. La representación de objeto remite a un sentido particular, no compartido, que se juega en el orden fantasmático. En tanto hay transferencia del sentido particular a las significaciones compartidas, el análisis es posible.

En las psiconeurosis narcisistas la pérdida de las representaciones de objeto (no hay en juego un espacio fantasmático) hace que por la vía de la palabra no pueda arribarse al sentido particular. Y esto trae como consecuencia una alteración en el

sostenimiento del lenguaje compartido que se expresa en la creación de neologismos a los que se refiere Freud en una nota. Se trata de restituir una relación al Otro a través de las formas verbales (y así el código compartido queda alterado, al buscar construir a través de él un sentido peculiar).

La alteridad inscrita en las neurosis se llama representación de objeto. Alteridad y lenguaje están imbricados de diferente manera en la esquizofrenia. El caso de la paciente de Tausk ejemplifica el hecho de que el sujeto se constituye en el lugar del Otro. En tanto este proceso es fallido, las formas verbales dejan ver la extranjería: las psicosis llevan esto a su máxima expresión. Esta extranjería es inconsciente en la neurosis, que vela el hecho mismo de que el sujeto se ve y construye su realidad a partir del lugar del Otro (la histérica que torcería los ojos oculta el lugar del Otro que hace ver de cierta manera). La conversión es el modo histérico de acceso a las representaciones reprimidas que hablan a través del cuerpo. Assoun define al cuerpo como el pivote vivo del rizo por el cual el mensaje del Otro queda literalmente incorporado. En tanto falla esa incorporación, el lenguaje de los órganos impone su retórica. Hay un pasaje del órgano a las formas lingüísticas sin mediación de las cargas de objeto. A diferencia de la neurosis, aquí el órgano ordena. La paciente de Tausk cubre con el sobredimensionamiento de la intencionalidad malévola del otro la ausencia de un mensaje que la rija.

En "Duelo y melancolía" Freud vuelve

sobre la diferencia entre las afecciones narcisistas y las neuróticas. La identificación narcisista con el objeto se convierte en un sustitutivo de la carga erótica. La identificación histérica, a diferencia de la anterior, tiene un carácter acotado. En tanto está preservada la carga de objeto - ausente en la primera- la identificación limita sus efectos.

La falta de pudor con respecto a la autocrítica es el rasgo particular de la enfermedad melancólica: para Freud está enfermo aquél que hace pública su escasa valoración. La explicación de esta patología lo lleva a afirmar que los lamentos son acusaciones, no se avergüenzan ni se ocultan, porque lo que dicen de sí mismos se refiere a otras personas. Sin signos de humildad, se muestran irritables como si fueran objeto de una injusticia.

Se trata de distintas marcas de la pérdida en el aparato. La estructura psicopatológica se define en función de la instauración de una falta. En la neurosis, la renuncia al objeto real deja su huella: la carga de objeto es una manera de nombrarla. Lo ajeno es un modo de la falta. En tanto el melancólico no puede renunciar al objeto, pierde el yo (la identificación narcisista es un nombre freudiano de la imposibilidad de pérdida de objeto).

El melancólico sabe a quién ha perdido pero no sabe qué ha perdido con él: no hay

en juego un sentido en relación a lo perdido. La crítica no se erige como argumento sino como insulto; remite a la hostilidad primitiva contra el mundo exterior que queda alojado

como sinsentido en la estructura melancólica.

Retorno al inicio de este trabajo: el otro como modelo, objeto, auxiliar o adversario. Podrían pensarse los trabajos sobre la Metapsicología como la modelización del encuentro con el Otro, la orientación que tomará sujeto, la posibilidad de organizar un sentido de dicho encuentro y los efectos de goce producidos.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR:

Lic. en Psicología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1975. Profesora Adjunta Interina, Cátedra Psicoanálisis Freud I. Facultad de Psicología. UBA.

Coordinadora del Equipo Adolescentes y Jóvenes del Servicio de Salud Mental del Hospital de Morón. Provincia de Buenos Aires.

Integrante del Equipo de Investigación sobre Retóricas del Psicoanálisis dirigido por la Prof. Irene Friedenthal, UBACyT N° P033

E-Mail: mmalamud@psi.uba.ar

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Assoun, P., (1993), *Introducción a la metapsicología freudiana*, Buenos Aires, Editorial Paidós, año 1994.

Freud, S., (1913-1917), "Metapsicología", *Obras Completas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, año 1948, vol. I, 1043-1095; a) "La represión", 1057 - 1063 ; b) "Lo inconsciente" (punto I, "Justificación de lo inconsciente", 1063 - 1066); c) y d):

"Lo inconsciente" (punto VII, " El reconocimiento de lo inconsciente", 1077 - 1081).

(1921), "Psicología de las masas y análisis del yo", *Obras Completas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, año 1948, 1141-1179.

Friedenthal, I., (2004), "El deseo resiste al altruismo", *Descubrir el Psicoanálisis*, Buenos Aires, Grama Ediciones, año 2004, 37-47.

Lacan, J., (1981), *El Seminario 3. Las Psicosis*, Barcelona, Editorial Paidós, año 1986.

Mannoni, O, (1969), "La Otra Escena", *Claves de lo imaginario*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, año 1973.

Tausk, V., "De la génesis del Aparato de Influencia durante la esquizofrenia", 1919, *Obras Psicoanalíticas*, Editorial Morel, Buenos Aires, año 1977, 169 - 207.

Todorov, T., (1977), "Freud, sobre la enunciación", en Revista *Descartes*, junio 1990, Número 7, 93 - 99.